

Jóvenes, Educación y Cultura: Expectativas y Proyectos

María Teresa Quiroz

Universidad de Lima, Perú

*“Cuando no se es capaz de escuchar las voces
de los jóvenes siempre puede imaginarse
que en ellos sólo existen el silencio y la omisión...”*

Romeo Grompone, 1991

Resumen: El artículo sobre los jóvenes y la educación es el producto de una investigación realizada en el Centro de Investigación en Comunicación Social de la Universidad de Lima, que tuvo como objetivo determinar el conocimiento y el sentir de los jóvenes peruanos, de distinta condición social, frente a la educación, sus posibilidades, su familia y sus proyecciones y, el consumo de medios de comunicación masiva. Se trata de plantear de qué modo surgen actualmente las nuevas sensibilidades de los jóvenes que se mezclan con la cultura masiva y con aquella que viene de su universo sociocultural y familiar, y en qué medida la escuela se mantiene lejana a ellas.

Abstract: *This article is the result of a research done at the Research Center of Social Communication of the University in Lima, Peru. The main objective was to determine the knowledge and feelings of young Peruvians from different social backgrounds, concerning with education, their possibilities, their families and projections, as well as the consumption of mass media. It is intended to trace in what ways new sensibilities surge in youngsters that mix with massive culture and with what comes from their cultural-social and family universe, and in what measurement the school keeps apart of them.*

Introducción

En el vínculo entre los jóvenes y la educación tienen lugar encuentros y desencuentros entre lo que la sociedad les ofrece como saber y probable futuro y lo que los jóvenes tienen como conocimiento espontáneo, afectos y subjetividades. Además la educación, a través de sus instituciones y relaciones se convierte en un espacio de vida trascendental, referente vital en la vida de los jóvenes, al cual se suman los medios de comunicación masiva, portadores de símbolos y modelos. Todo ello naturalmente difiere de sociedad a

sociedad y tiene como sustrato la historia social de cada país y las coyunturas particulares.

No tengo otro camino que reflexionar sobre el tema desde la realidad histórica de mi país, el Perú, desde la profunda crisis económica y social, marcada por la violencia de la década pasada y las secuelas que ésta tiene sobre la vida hoy.

Cuando accedemos a la problemática juvenil desde las vinculaciones entre la comunicación y la educación, es evidente la crisis de comunicación que existe en la educación, es palpable el divorcio entre la cultura de quienes planifican la educación, y quienes la conducen; de los maestros, y lo que ocurre con los jóvenes, con sus gustos, sensibilidades y lenguajes. Así como en un momento se pretendió enfrentar los problemas de los jóvenes atribuyéndoles responsabilidad moral a los medios de comunicación masiva y a la invasión audiovisual y publicitaria, hoy se pretende tapar la crisis de la educación a través de la modernización tecnológica.

Es por ello que estudiar el tema de la educación y los jóvenes es transitar constantemente en un ir y venir, entre conocer y comprender la vida, necesidades y sensibilidades de los jóvenes, sus vinculaciones con los medios de comunicación masiva, sus prácticas culturales y cotidianas y las demandas de sobrevivencia que la sociedad plantea e impone, las intransigencias de un sistema y las exigencias para acceder a otros niveles educativos, al trabajo y al progreso.

Los cambios que se vienen produciendo en los últimos años en nuestras sociedades conducen necesariamente a reubicar el debate más allá de condenas morales, pero sí admitiendo que los medios de comunicación masiva se han instalado como organizadores culturales, transmisores de saberes, fuentes muy importantes de información. Los cambios que se han producido en la cultura y la sociedad van configurando nuevas formas de acceso al saber, de socialidad, y la comunicación tiene un peso muy importante en la cultura de los jóvenes, en su vida cotidiana, en la organización de su tiempo, en su “mirada” y percepción del mundo.

Juventudes peruanas y diversidad cultural

El Perú es un país de jóvenes. Más de la mitad de la población peruana se encuentra en la etapa de formación y preparación para la vida adulta.

Aproximadamente una quinta parte de los peruanos tiene entre 15 y 24 años.

Esto es característico y propio de fenómenos de transición demográfica que implican el descenso de las tasas de mortalidad infantil y el aumento de la esperanza de vida. Después de la “explosión infantil” de los años setenta y ochenta, se produce la llamada “explosión de los jóvenes” en la década de los noventa, progresión que nos ha llevado a tener casi la mitad de la población menor de 20 años. Se trata, sin embargo, de jóvenes muy diferenciados por niveles socioeconómicos y culturales, fenómeno, este último explicable en gran parte por la intensa y extensa migración. En el caso por ejemplo de la ciudad de Lima, 38% de la población pertenece al sector bajo y 39% al sector muy bajo, lo cual evidencia los profundos niveles de estratificación existentes.

Hablar de jóvenes por lo tanto, es hacer referencia a un grupo de edad que está en contacto directo con la problemática educativa, en tanto es a través de la educación que muchos de ellos buscan canalizar sus expectativas y proyectos de vida. La información a este respecto arroja que el Perú es un país que ha sufrido importantísimos cambios. Los datos de Naciones Unidas muestran que el Perú pasó entre los años sesenta y ochenta a ocupar un lugar importante en materia de cobertura educacional. Más aún, para 1980 el porcentaje de jóvenes de 18 a 25 años que estudiaban secundaria o superior subió de 19 a 74%, se habría producido en el país una verdadera explosión educativa que contrasta con la crisis económica y social en la que se fue sumiendo aceleradamente. Por ejemplo, en materia de desocupados con títulos universitarios ocupamos un lugar privilegiado y el nivel de frustración producido por la falta de concordancia entre el esfuerzo puesto en la educación y los resultados que se obtienen en ella es muy grave.

Hay que tener en cuenta, finalmente, que esta evolución muy favorable de la educación en el Perú se da a contracorriente de la tendencia del Estado a reducir su inversión en este rubro. Este avance no se logró tanto por un esfuerzo o una vocación educativa del Estado, sino por un esfuerzo muy grande desde la sociedad (Degregori, 1994: 237).

Es importante anotar que son las mujeres quienes ingresan en la última década con fuerza al sistema educativo, sobre todo en la ciudad. Están más educadas, tienen mayor conocimiento y acceso sobre cuestiones relativas a su salud reproductiva, y muestran amplias expectativas de insertarse en el mercado laboral. Subsisten, no

obstante, problemas que refuerzan la subordinación femenina, así como atrasos sociales y económicos descomunales en grandes zonas rurales del país.

El proceso de urbanización ha afectado a los jóvenes de manera privilegiada, incluso, más allá del análisis demográfico, podríamos decir que el joven existe en la ciudad, pues el joven y aun el niño en el campo es más campesino que joven. Por tal razón los problemas juveniles están directamente relacionados con la realidad urbana, y vinculados a las altas tasas de migración, lo cual permite hablar, luego de la década de los sesenta, de una primera generación masiva urbana (Vega, 1995).

Al iniciarse la década de los setenta empezó una etapa de grandes progresos en la alfabetización de la población peruana, siendo los jóvenes de 15 a 24 años los más beneficiados. Aunque desigual, el desarrollo del sistema educativo ha beneficiado a los jóvenes, y se advierte el creciente valor que éstos le asignan a la educación. Sin embargo, no se encuentra correlato con la oferta de empleo que el país produce. Mientras se incrementa la demanda de empleo por una creciente población joven, la oferta del mismo no crece en igual proporción ni mucho menos, generándose una no satisfacción de empleo que tiene una carga conflictiva potencial muy alta.

El camino de la educación técnica ha sido emprendido por muchos jóvenes, a modo de carreras cortas o aprendizaje de oficios que les pueda permitir en un tiempo más corto ingresar al mercado laboral. Ello no implica que estos jóvenes hayan pensado siempre que éste era su objetivo en la vida. Razones de diverso orden y presiones que vienen de la sociedad y la crisis, orientan sus decisiones en este sentido.

Las universidades vienen atravesando por una evidente crisis. En los últimos cinco años los alumnos matriculados en universidades declinan en términos relativos respecto a otras opciones de educación superior. El sistema universitario se ha vuelto cada vez más estratificado y los jóvenes de procedencia popular que logran acceder a él, se enfrentan a espacios cada vez más segmentados y que:

... establecen cortes abruptos en cuanto a criterios de selección de postulantes, estilos de formación académica y posibilidades de futura inserción profesional según el tipo de centro de estudios que se considere. Esta diferenciación coloca crecientes barreras sociales y culturales entre los jóvenes universitarios y disminuye las vías de encuentro y comunicación (Grompone, 1991: 35).

A esto se añade, que en los últimos años se ha acelerado el proceso de incorporación de los jóvenes al mercado de trabajo y crecido el subempleo. La población económicamente activa entre los jóvenes pasó de 37% en 1980 a 49% en 1989. Por otra parte es evidente que el grado de capacitación académica no influye decisivamente en la posibilidad de insertarse mejor en el mercado laboral. Los jóvenes trabajan como obreros o artesanos o en pequeñas empresas o en actividades de comercio del sector informal. Discriminados, marginados, sin saber cuando cambiará la situación, estas nuevas generaciones de las clases populares van a asumir distintas formas de respuesta. Ellas van a plasmarse en actitudes y comportamientos tanto personales como grupales que frecuentemente los llevará a desentenderse de los problemas de la política y la sociedad y a interactuar casi exclusivamente con aquellos jóvenes que comparten su misma situación de incertidumbre (Grompone, 1991: 33).

Este primer intento por abrir el tema a los distintos ámbitos dentro de los que los jóvenes se desenvuelven permite afirmar, como lo sostiene Javier Protzel:

Casi cualquier tópico de la realidad peruana -y demográficamente hablando de la latinoamericana- está necesariamente atravesado por alguna problemática de juventudes ... Su presencia creciente en escuelas y universidades, siempre incapaces de acoger a todos, su inestable y penosa inserción en el mundo del trabajo, sus modos inéditos de acceso al mercado del consumo resignificando el uso de la ciudad, en suma, las señas de su ubicuo luchar por la vida, más allá de asociarla a todas las formas de anomia y violencia que hoy en día abaten al Perú (Protzel, 1989: 19).

Ser joven implica una expresión donde abundan los estereotipos, y que no es uniforme, sino por el contrario muy variada, desde la distinción entre hombres y mujeres a aquella que tiene que ver con ser jóvenes andinos o costeños, de niveles socioeconómicos diversos.

Ser joven en esta parte del continente significa cuestionar tempranamente la confianza y la fe en lograr un futuro mejor y, de otro lado, haber aprendido, desde pequeño, a sospechar de todo y de todos ... El futuro se presenta doblemente incierto y confuso cuando nos encontramos en aquella temprana edad donde aún no sabemos qué hacer con nuestras vidas, cuando todavía no hemos resuelto el qué somos y el qué queremos (Portocarrero y Acha, 1990: 101).

Las diferencias son muy grandes. Mientras para unos el “éxito” es parte consustancial a sus vidas, y es un dato más de la realidad, para otros es un “sueño”, que esperan (posiblemente no lo alcancen) con ansia. Mientras para unos el tiempo es corto y la lucha por la sobrevivencia es su modo de vivir, para otros se trata de ver cómo utilizar su tiempo libre.

Están particularmente presentes entre los jóvenes limeños de condición popular los sentimientos de pérdida de futuro, de desplazamiento de un lugar en el mundo, de exclusión social. Buena parte de estos jóvenes de padres migrantes en quienes la búsqueda del progreso ha estado presente como un rasgo decisivo, usufructúan los modestos progresos de sus padres, pero buscan otras alternativas en el campo de la educación y el trabajo, a fin de lograr sus propios objetivos. Los jóvenes muchas veces tienen que diferir una serie de satisfacciones inmediatas, a fin de lograr ciertas metas futuras. Quieren imaginar para sí mismos caminos personales distintos y mejores. Se trazan planes de vida globales, pero que se ven constantemente amenazados por la frustración.

La juventud popular actual tiene rasgos propios que la caracteriza e individualiza marcando sus distancias con las generaciones anteriores, con sus padres, los “hijos del progreso”. Para los jóvenes de hoy, “hijos de la crisis”, la ciudad no tiene nada que ofrecer, las tradiciones pertenecen a sus padres y son ajenas a ellos, mientras que la organización y los partidos no forman parte de su necesidad y experiencias inmediatas (Portocarrero y Acha, 1990: 33).

Para los jóvenes de clases populares, los grupos de amigos de las esquinas han pasado a ser un espacio de creciente importancia en su vida social, es el modo de darle un sentido al tiempo libre, a falta de otras vías para hacerlo.

Los jóvenes limeños de procedencia popular tienden a ejercer una apropiación territorial y cultural de los barrios en donde viven, involucrándose en una particular textura de sentimientos de solidaridad y lealtades locales, junto a la crítica o al rechazo a determinados modelos y alternativas que se les presentan (González, et al., 1991: 32).

Sin embargo, a pesar de la escasez de oportunidades y el pesimismo frente al país, es un hecho que la mayoría de los jóvenes apuesta al progreso. Esforzarse más, trabajar mejor, no rendirse al desaliento. Tales las lecciones que se derivan de la crisis. Al lado de esta actitud, está el individualismo y el pragmatismo. La acción colectiva es demasiado incierta en sus resultados (Portocarrero y Tapia, 1992: 59). En general la conciencia de exclusión que tienen los jóvenes tiene que ver con saber que su participación real en la vida del país, en la solución de los problemas es muy relativa y en todo caso, poco tomada en cuenta, todo lo cual hace que los jóvenes encuentren muchas dificultades para construir ese poder subjetivo tan necesario para

percibirse como sujetos sociales con una práctica socialmente útil (Cussianovic, 1990:15).

Todo este fenómeno que ha sido parcialmente descrito a partir de investigaciones ya realizadas, se produce en el marco de un escenario social que ha cambiado significativamente en los últimos años. Gonzalo Portocarrero plantea que 35 años de cambios acelerados han alterado el orden tradicional y Lima es una ciudad mucho más grande y compleja. Las migraciones primero, la consolidación de los valores democráticos luego y, por último, el auge seguido por la crisis económica, han redefinido comportamientos y mentalidades. El espacio urbano de Lima se ha fragmentado y el centro ha dejado de ser la encrucijada donde confluyen todos los grupos sociales. De hecho Lima como representación unitaria para sus habitantes ha desaparecido; los distintos sectores sociales se mueven dentro de coordenadas espaciales muy bien delimitadas de forma que existen varias Limas que apenas se cruzan.

En vez de tal o cual joven de ésta u otra familia prestigiada, el modelo de identidad es el profesional sin apellido, anónimo. El principio económico y meritocrático tiende a reemplazar al étnico como base de la estratificación social. El ejemplo a seguir es el médico o el abogado o el ingeniero o el militar que valoriza sus estudios en ingresos que les permiten un estilo de vida con casa propia, automóvil, TV a color, la esposa en casa y los niños en colegio particular. Se trata de un ideal profusamente difundido a través de la TV y otros medios de comunicación. Hacia él confluyen las expectativas de los jóvenes y los sueños de sus padres. (...) Paralelamente se producen cambios importantes en la imaginación, sensibilidad y formas de actuar de los sectores populares. En vez del fatalismo, la resignación y el sentimiento de inferioridad, los sectores populares se reafirman en su calidad de sujetos de derecho, de personas, de forma que la legitimidad colonial ha entrado en una crisis definitiva (Portocarrero, 1985: 68-69).

Los cambios que se han producido en la sociedad peruana después de los años cincuenta expresan por una parte la emergencia de las clases populares urbanas migrantes en el marco de una ampliación significativa de la matrícula escolar, una generalización del mercado y una irrupción de los medios de comunicación masiva. Esto se ha visto acompañado asimismo de una crisis importante de las clases medias. Se produce un trastocamiento de las ubicaciones sociales y culturales, se desmorona el universo valorativo de la oligarquía, pero también de quienes se sintieron sus herederas, las clases medias. Esto además por la crisis de la modernización, que supuso el proyecto de ampliar la cobertura educacional, preparando a los jóvenes para ingresar al

mercado de trabajo, pero sin oferta y con baja capacitación. Esto se hace evidente en los años setenta, cuando se inicia la crisis económica peruana, de la cual el país aún no sale adelante. Las reformas educacionales y los cambios operados en el sistema educativo ofrecen la infraestructura y proyectos educativos para los jóvenes, el ideal de alcanzar el éxito y el progreso por la educación, pero los resultados son lamentables. La pésima calidad educativa, los bajos niveles educativos y la ausencia de puestos de trabajo producen frustración y confusión, abandono y desorientación.

Este planteamiento hace evidente que el problema de la educación es un problema cultural. Países como el Perú, y otros de América Latina, mestizos, no se han propuesto metas claras, no han diseñado y elaborado su personalidad, producto de muchos orígenes culturales, y no está claro para qué sociedad se está educando. A esto se añade en el Perú la violencia terrorista padecida durante la década de los ochenta. Han sido los jóvenes de hoy los que han vivido su niñez durante estos años difíciles, de deterioro acelerado, de violencia y destrucción, y para quienes actualmente recuperar la posibilidad de la vida pública, de la calle, salir, bailar, conversar en las esquinas tiene un gran significado. Eso explica además parcialmente el desprendimiento de la política y el apoyo que los jóvenes le brindan a Fujimori, porque para ellos aún el tema del empleo y el ingreso pasa a un segundo plano y es más importante la tranquilidad y el espacio público.

En este contexto de crisis de la socialidad, de las aspiraciones y de la economía, los medios de comunicación masiva siguieron implacablemente su camino, han sido los más exitosos en términos de mercado y la expansión de la televisión y de los productos de la industria cultural muestran, a la inversa, un mundo organizado, “prometido”, exitoso, de ilusiones, “soñable”. Los modelos propuestos se convierten en fuente de referencia de primer orden y acompañan la vida de los jóvenes.

Por las razones antes mencionadas, la realidad de los jóvenes peruanos se inscribe definitivamente en el contexto social, económico y político por el cual atraviesa el país. No podemos entender la educación por fuera de los problemas de la violencia, la estabilidad, el crecimiento y futuro político que condicionan estrechamente la situación de los jóvenes, su percepción del entorno y de su futuro individual y colectivo. La despolitización guarda relación evidente con

el descrédito de la política. Sin embargo y a pesar de ello se advierte en los jóvenes una gran confianza y esperanza en ser capaces de construir un futuro diferente, aunque priman las soluciones individuales sobre las colectivas. Se sienten pertenecientes a una nación, pero creen en su esfuerzo personal. Su proyecto personal está vinculado a la manera como buscan sus perspectivas de trabajo y educación.

Las siguientes palabras de los estudiantes en el discurso de clausura de la celebración de los 30 años de la Facultad de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú, son elocuentes, ellos afirman sus dudas, ilusiones y su visión como grupo:

Nosotros como jóvenes no somos una generación y no sabemos si algún día lo seremos. No tenemos preguntas comunes, no tenemos referentes que nos identifiquen, y lo más grave es que no tenemos una ética común, es que vivimos una época distinta: sin muros, sin guerra fría, sin Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, sin Fidel Castro, sin optimismo: vivimos más bien tiempos de ausencia, tiempos de terrorismo, de pandillas, de barras de fútbol, de SIDA (...) Por eso vivimos la tensión entre el compromiso y la sobre-vivencia, compromiso en el cual somos cada vez menos los involucrados. Entonces ¿cómo asumirnos como protagonistas y dirigentes en estos tiempos y construir una generación? Sin embargo, tenemos cosas en las cuales afirmarnos, intereses de fondo que permanecen, como la búsqueda del conocimiento, el poder, el desarrollo, la pobreza, la justicia. Y a la vez descubrimos nuevos intereses: la vida cotidiana, las comunicaciones, la eficiencia, la sexualidad (...) Nos afirmamos también con vitalidad para vivir nuestra edad, para divertirnos, para darle tiempo al amor y al arte... (s/a, 1994).

Estas palabras expresan cómo se confronta el sistema educativo lleno de barreras y fronteras con las necesidades de comunicación y expresión de los jóvenes. Pero asimismo muestran que los jóvenes viven además un desenmascaramiento de las apariencias, engaños y fingimientos, una etapa de búsqueda de “transparencia” y autenticidad.

Los jóvenes frente a la educación

Con la finalidad de mostrar cuáles son las visiones que los jóvenes tienen sobre la educación, voy a tomar en cuenta una investigación que tuvo lugar en la Universidad de Lima, en la Facultad de Ciencias de la Comunicación en 1995 (CICOSUL, 1995). Se trabajó a través de entrevistas en profundidad con jóvenes entre 15 y 24 años de diferentes niveles socioeconómicos. Los temas sobre los cuales se organizaron las entrevistas en profundidad fueron los siguientes: la familia y sus expectativas futuras; su visión de la educación y sus proyecciones

personales; sus prácticas culturales y consumo de medios de comunicación masiva. Los resultados de la aplicación de la técnica cualitativa de la entrevista en profundidad fueron analizadas y se obtuvo una serie de conclusiones, algunas de las cuales ofrecemos en este artículo.

Pudimos advertir que la educación recibida desde los primeros años escolares constituye un medio de socialización básico, primario, que establece una marca para el futuro desenvolvimiento socio-cultural del joven, particularmente en una sociedad tan segmentada como la peruana. La educación a través de sus diferentes niveles otorga variados capitales culturales que los jóvenes usarán de múltiples formas. Si bien no podemos establecer parámetros inflexibles, es posible hablar de jóvenes que se distinguen por el tipo de educación recibida y por el tipo de instituciones en las que la han recibido.

La educación básica es fundamental en la vida del joven para entender sus perspectivas y proyecciones futuras. El tipo de formación escolar es decidida por la familia y no por el joven, de modo que en ella se expresan además las posibilidades y expectativas familiares. El tipo de colegio que los padres eligen para sus hijos les permite desarrollar una serie de conocimientos, valores, hábitos, estrategias, destrezas, habilidades y aptitudes, que sin lugar a dudas se ven reflejados en su comportamiento futuro.

Podríamos afirmar, de modo genérico, que los escolares que poseen recursos económicos no encuentran sino continuidad entre su vida familiar y escolar, entre la cultura de sus hogares y la que adquieren en la escuela, como también la que circula por la comunicación masiva. Exactamente al revés ocurre con los sectores pobres y mayoritarios, para quienes la escuela les va a ofrecer una cultura ajena y distinta a aquella que proviene y se origina en sus familias migrantes y provincianas. El proceso de “integración” es duro y difícil porque las contradicciones son permanentes, son mundos distintos, pero que están allí y existen. Lo masivo, como símbolo de modernidad los acerca y emociona, y constituye la posibilidad de vincularse al progreso. Asimismo aprecian mucho la educación y al maestro, porque más allá de todas las dificultades es el “lazo” o el vínculo con lo nuevo, con lo que deberá venir, con el futuro.

A pesar que el sistema de la educación peruana en general es criticado por nuestros jóvenes, la universidad tiene un valor en sí

misma. Reconocen que aunque la universidad no garantiza la obtención de un trabajo, representa estatus social y alguna promesa futura. Los jóvenes aspiran a ser profesionales, o por lo menos a acceder a una educación superior técnica o a estudiar mientras trabajan. Es notorio que la pertenencia a la universidad diferencia y segmenta a los jóvenes, en sus maneras de pensar, aspiraciones y expectativas.

Para los jóvenes existe una estrecha relación entre educación y la movilidad social. Definitivamente consideran que la movilidad educativa del joven y su éxito, depende muchas veces de la carrera y del lugar de estudio del cual se provenga. Cada profesión tiene en la sociedad una determinada valoración y los jóvenes se encuentran plenamente conscientes de ello. Pero al mismo tiempo, hablan de lo importante de la competencia en el trabajo, que los motiva a esforzarse. Están buscando permanentemente otras formas de capacitación, son ingeniosos y tratan de distinguirse del resto.

No hemos encontrado en los entrevistados niveles significativos de frustración por no acceder a determinado nivel educativo, y creemos que esto ocurre porque hoy en día la variedad de ofertas educativas les permite a los jóvenes reemplazar una universidad por otra, o por un instituto superior tecnológico. Será más adelante, cuando se confronten con el mercado y la oferta laboral, cuando desarrollarán otro tipo de percepciones. En última instancia, trabajan durante 8 horas y luego estudian alguna carrera corta hasta altas horas de la noche. Siguen soñando, sin embargo, con estudiar más adelante en una universidad, con llegar a ser un profesional.

Los jóvenes aspiran a ampliar sus “horizontes”, viajar, conocer otros lugares, otras culturas. Sienten que la escuela no les proporciona esta posibilidad. Quieren ampliar su información, se dan cuenta que el conocimiento es hoy en día un capital indispensable para competir. Sin embargo saben que tienen que buscarlo con mucho esfuerzo, sobre todo los jóvenes más pobres.

Es distinto el caso de los sectores de mayores niveles socioeconómicos pues adquirir información y conocimientos en el hogar, en las bibliotecas personales, a través de la tecnología que se tiene a disposición, les lleva a realizar un esfuerzo significativamente menor.

En general la educación es muy valorada por nuestros jóvenes entrevistados de toda condición social, pero particularmente para el sector medio y medio bajo por lo que significa en términos de progreso y desarrollo. Alcanzar un mejor estatus social, lograr reconocimiento profesional, apoyar a la familia que logró brindarles educación superior con base en muchos sacrificios, son algunos de los valores que se perciben en estos grupos. La diferencia con los jóvenes con mayores ingresos es que para éstos la educación de buen nivel es una condición natural, una fase que necesariamente tienen que atravesar. Estos jóvenes de sectores medios altos son educados desde la familia para ingresar a la universidad y ser líderes, pero sobre todo, para formarse en su verdadera vocación, en lo que realmente les gusta. La familia alimenta las decisiones individuales, aunque no por eso deja de preocuparse de que su elección esté orientada a salidas exitosas en lo económico. Buena parte de ellos ha tomado su propia decisión sin mayores presiones por parte de los padres. Los beneficios económicos o la garantía de una profesión rentable no son un obstáculo para dejar de elegir tal o cual carrera. En algunos casos las decisiones de los hijos y los padres coinciden con tentar formas que armonicen la vocación y el éxito. Es decir, carreras universitarias que den dinero y universidades prestigiosas. Por su parte, los jóvenes de sectores bajos buscan una carrera que les abra la posibilidad de conseguir un puesto de trabajo en el menor tiempo posible. Se opta por una profesión o carrera técnica donde la prioridad es dominar un oficio rentable. Muchos de ellos tienen la convicción de que el progreso se logra con el trabajo independiente.

Estas expectativas de los jóvenes tienen que ver con lo que está por fuera de las instituciones, tiene que ver con las imágenes de poder y de éxito, con las imágenes de prestigio y reconocimiento como valores que hoy consagra la sociedad actual y que son mostrados además y de modo particular por las imágenes audiovisuales que inundan nuestras vidas y las atraviesan cotidianamente. Es por ello que tenemos que considerar que las visiones sobre la educación que tienen los jóvenes hoy en día y sus demandas, provienen de un entorno social más amplio.

Escuela y jóvenes en el Perú

La escuela se enfrenta hoy en día a gravísimos problemas. Por un lado porque crecientemente sufre las demandas de un estudiante menos pasivo y que recibe el impacto del mundo audiovisual. Por otra, porque

las diferencias y estratificaciones a su interior son profundas y peligrosas. Las distancias entre la escuela pública y privada son tan grandes y profundas, que no sirven sino para darle fuerza al proceso de segmentación social, del cual ya he hecho mención.

Hoy en día un joven ha tenido acceso a una cantidad de información muy superior a la que tuvo un adulto cuando niño. La televisión y los medios multiplican las experiencias, crece la familiaridad respecto a la electrónica en el campo del entretenimiento y el mundo de la pantalla ejerce su propia fascinación, así como el actuar sobre la pantalla se va convirtiendo en algo casi “natural”. Los niños se comunican fácilmente con las máquinas, lo cual nos introduce en el tema de la velocidad de los cambios. Los jóvenes han crecido en un ambiente marcado por la tecnología y la velocidad. Se podría decir (salvando las diferencias que existen por el acceso diferencial a su uso), que han crecido a otro ritmo y que su percepción de lo tecnológico no está marcada por rupturas, han interiorizado el mundo de las máquinas.

La variedad de referentes le permite a los jóvenes expresarse con otros recursos, por ejemplo el de la imagen. La cultura audiovisual inunda la imaginación añadiendo elementos a la expresión, se estimulan otras capacidades cognitivas y perceptivas y nuevas sensibilidades. Negarlo es anacrónico e ideologizado. El sentido del movimiento, por ejemplo, utilizado por la televisión para captar la atención implica una hiperestimulación sensorial que modifica las experiencias perceptivas por la multiplicación de estímulos visuales y auditivos. La actualidad está marcada por la rapidez, la eficiencia, la celeridad de imágenes y de decisiones, y esto está presente en el ritmo intenso de la publicidad, en la información y en la conducta de las personas. Los jóvenes exigen de sus interlocutores rapidez y precisión pues sienten que entienden sin grandes explicaciones. Se han habituado a los rápidos cambios de planos, a diálogos sintéticos. Se trata, de complementos a la experiencia. A esto se suma el sentido de la inmediatez que producen los medios, una sensación de “apropiación de la realidad”, que ciertamente no es tal.

Si tuviéramos que mencionar las diferencias que se producen en el joven entre la capacidad de atención al texto escrito y el hábito de leer, propios de la educación escolar y la relación con los medios audiovisuales, tenemos que admitir que no podemos seguir planteándolos como actividades opuestas, sino más bien

complementarias. Leer un texto enfrenta al lector a un mundo abstracto de conceptos e ideas, que pasa por difíciles operaciones analíticas y racionales de comprensión, interpretación y memorización, que potencia la capacidad de pensamiento lógico, lineal, secuencial, de distanciamiento, en la cual el lector controla el ritmo y la experiencia, pero que requiere de un esfuerzo por penetrar en el texto. Ver imágenes en una pantalla enfrenta a la persona a un universo concreto de objetos y realidades que demanda una codificación automática, instantánea, que se cuele sin dificultades y que potencia el pensamiento visual, intuitivo y global, que implica emotivamente al televidente en una experiencia cuyo ritmo es controlado por el medio y donde no hay que hacer mayor esfuerzo, salvo contemplar la imagen (Ferrés, 1994: 37-28). Esto explica la facilidad que se tiene de “implicarse” con lo audiovisual, y, particularmente, el peso que la cultura audiovisual tiene en la vida de los jóvenes: la música y el baile son finalmente experiencias perceptivas que los implican emotivamente y de modo inmediato.

El lenguaje audiovisual ha transformado la sensibilidad a través de la celeridad de las imágenes, el ritmo intenso, el color, los efectos especiales. Los cambios que se producen entre la cultura organizada exclusivamente sobre la escritura y la introducción de la informática afectan la lectura y la propia producción de sentido. Se altera el sentido del orden, se rompe la secuencia y la celeridad y la eficacia se convierten en valores de primer orden.

Realizo esta rápida mirada con el objetivo de mostrar que estamos frente a nuevos sujetos educativos y que la escuela necesariamente se encuentra desfasada de este crecimiento paralelo.

Hay muchos factores que confluyen en la formación del niño y del joven de hoy. Pensarlo desde una visión purista según la cual no debe contagiarse del universo del consumo masivo o concebirlo por otra parte como un ser robotizado, conectado a través de las nuevas tecnologías a los juegos electrónicos, repetidor pasivo de todo lo que ve a través de la televisión, es también un error. Es necesario puntualizar que el origen familiar, étnico, sociocultural, escolar del joven es esencial para ubicarlo como “sujeto” que se forma y que recibe información, conocimientos, patrones de conducta que provienen de distintos referentes. Deberá considerarse el espacio físico, los recursos, el tipo de familia, el tipo de educación, los

proyectos y expectativas que tienen, para comprender sus necesidades y puntos de partida, como por ejemplo el distinto marco perceptivo que tiene un joven de la ciudad y uno que vive en el campo. Además, la relación con los diversos medios no es tan ingenua, es decir, el joven no es aquel pobre desvalido al cual la magia audiovisual ha conquistado y lo obliga a repetir todo cuanto ve. Maneja diversos referentes y construye sus propias identidades tomando de aquí y de allá. La familia, el maestro, el político, los amigos le proporcionan parámetros para ubicarse, incluso frente a aquello que viene de los medios de comunicación masiva. El conocimiento de la realidad no proviene exclusivamente del texto escrito, más aún, los más jóvenes se educan en gran medida fuera de la escuela. Sus referentes de conocimiento, sus imágenes, sus valores y sus expectativas guardan relación cercana con la comunicación y sus mensajes.

La relación del educando con la realidad, tradicionalmente planteada a través de su experiencia personal y sensible y por todo aquello que la familia y especialmente el maestro en la escuela proporcionaba, administrando la información y los modelos de interpretación de la realidad, es hoy en día distinta. El desarrollo de la comunicación audiovisual facilita una visión y un conocimiento mucho más directo, las fuentes de información están mucho más diversificadas y la intervención y participación posibilitadas por la tecnología son mayores y crecientes. Por tal motivo, la escuela no puede dar la espalda a estos hechos y por el contrario deberá dar cuenta, explicitar, ayudar a interpretar todo este conjunto de referentes que hoy los niños y los jóvenes manejan, a fin de integrarlos, conocer los diferentes lenguajes y aprovecharlos. Parte de la cultura juvenil tiene que ver, aunque no exclusivamente, con una serie de símbolos y mensajes que están más allá de la escuela y que conforman la subjetividad y expectativas de los más jóvenes.

Si hoy en día la creatividad del educando se alimenta de visiones, ideas y valores de distinta factura, la escuela tiene ante sí el reto de estimular nuevas formas de experimentación y creación en los educandos, haciendo uso de los instrumentos técnicos y de las posibilidades que la comunicación masiva aporta. El contacto con la realidad social y política, la mirada al país, al “otro” es posiblemente uno de los campos privilegiados para vincular la comunicación y la educación, e integrar los referentes de los más jóvenes. Si la escuela se acerca a interpretar la realidad, de la cual la comunicación da cuenta

parcial y desordenadamente, se estará dando un paso decisivo. Si se comprende el lenguaje de la comunicación y sus límites en la representación de la realidad, y se utiliza para comparar lo real y lo representado, caminaremos en el mismo sentido. Ésta, es una vía que busca integrar el conocimiento, comparar y estimular el análisis y la interpretación.

Educar para que los escolares puedan interpretar el sentido de la imagen, desarrollen su sensibilidad ante ésta y descubran la intención comunicativa que encierra, e incorporar en la escuela el estudio de la comunicación a través de la imagen, pueden permitir conocer su lenguaje y sus propias gramáticas, así como por otra parte desarrollar la experiencia perceptiva propia del escolar frente a la imagen. Se trata de “enseñar a mirar”, enfatizando no solamente aquello que se observa, sino el papel del receptor, y el “lugar” desde el que se ve. Es decir, hacer evidente las diferencias culturales, los puntos de vista previos, el contexto social que ubica “al que ve”. Las distintas miradas, según desde dónde se mire, con qué propósito y a partir de qué referentes, constituye un campo de trabajo importantísimo para develar el diferenciado panorama cultural en nuestra sociedad. Pero además le proporciona al educando un gran valor como “sujeto cultural”, diferente de otros, cuyo lugar y opinión es reconocido.

El escolar no solamente tiene que conocer las visiones de los otros, puede ocupar el lugar del productor de ideas, sensaciones, visiones de las cosas. No solamente analiza las imágenes de los otros, produce sus propias formas comunicativas. He allí lo que podemos llamar el otro lado del proceso educativo: la aventura de la experimentación, adueñarse del lenguaje, tentar la propia representación de la realidad, comunicarse utilizando otras formas.

Los medios de comunicación tienden a desarrollar competencias adecuadas y procesos mentales especializados que facilitan una labor de aprendizaje a través de ellos. Parte de la cultura de los jóvenes de hoy está atravesada por las ventanas al mundo abiertas por los medios de comunicación masiva. Existe una “cultura audiovisual” que forma parte del modo de mirar y sentir de nuestros tiempos. La escuela tiene que dar cuenta de esto y la pedagogía de la comunicación puede incorporar a la enseñanza elementos que tomen en consideración la diversidad de modos de comprensión y expresión. Más aún, la televisión como conjunto discursivo y social, más allá de su función

artística o electrodoméstica, funciona como un mapa enciclopédico donde el espectador puede encontrar reflejado y transformado un mundo real o imaginario. La televisión, por sus enormes recursos intertextuales, representa un medio privilegiado de aprendizaje no formal (Fuenzalida, 1994).

De allí la necesidad de debatir el asunto a la luz de nuevas estrategias educativas, y de la necesidad de pensar en la calidad de la educación. El entorno humano es cada vez más comunicacional y estamos, por lo tanto, ante la necesidad de un cambio radical en la educación debido a las transformaciones ocurridas y que han alterado los modos de socialización. No se trata de una simple puesta al día, hay una urgente necesidad de revisar nuestras concepciones y proyectos educativos. Lo dramático de nuestro país es que estamos en una sociedad muy fragmentada, en las cuales la distancia entre unos y otros es abismal y las posibilidades de acceso a los bienes culturales es muy diferenciada.

Bibliografía

- CICOSUL (1995), *Culturas juveniles y proyectos de vida*, investigación del Centro de Investigación en Comunicación Social de la Universidad de Lima, Lima.
- Cussianovic, Alejandro (1990), "Los jóvenes de sectores populares de los ochenta, en *Juventud, crisis y cambio social en el Perú*, Servicio Universitario Mundial e Instituto de Publicaciones, Educación y Comunicación José Cardjín, Lima.
- Degregori, Carlos Iván (1994), "Educación, autoritarismo y violencia en el Perú actual", en *Reflexiones sobre la violencia*, Lima: Moisés Lemlij, editor.
- DESCO (1994), "El Perú frente al siglo XXI", Discurso de clausura de los estudiantes, en *Revista Qué Hacer*, núm. 91, noviembre de 1994.
- Ferrés, Joan (1994), *Televisión y educación*, Buenos Aires: Paidós.
- Fuenzalida, Valerio (1994), *Motivaciones de los niños hacia la TV: una mirada desde la recepción*, documento de trabajo núm.32/94 de la Dirección de Programación de la Televisión Nacional de Chile, Santiago de Chile, octubre.
- Grompone, Romeo (1991), *El velero en el viento. Política y sociedad en Lima*, Lima: IEP.
- González, Osmar et al. (1991), *Los jóvenes en el Perú de hoy. Democracia y Socialismo*/CIDAP/CEDHIP, IIMA.
- Protzel, Javier (1989), "Juventudes peruanas y diversidad cultural", en *Revista Diá-logos de la Comunicación*, Lima: FELAFACS.
- Portocarrero, Gonzalo y Elisabeth Acha (1990), *Violencia estructural en el Perú: sociología*, Lima: APEP.
- Portocarrero, Gonzalo y Rafael Tapia (1992), *Trabajadores, sindicalismo y política en el Perú de hoy*, Lima: ADEC/ATC.
- Portocarrero, Gonzalo (1985), "Las fantasías de la clase media", en *Hueso Húmero*, núm.20, Lima.

María Teresa Quiroz

Vega Centeno, Imelda (1995), *Amor y sexualidad en tiempos del SIDA*, Ministerio de Salud, Lima.